

llos sorprendidos soldados. El tío del rey, el abad Hugo, hijo natural de Carlomagno, el abad Richbot de Saint-Riquier, hijo de una hija del gran emperador, así como muchos otros personajes ilustres, cubrieron con sus ensangrentados cuerpos el campo de batalla del «Vado de las represalias,» como le llamó después el aterrizado pueblo, y un gran número de prisioneros de la nobleza tuvo que seguir al vencedor y se vio sepultado en dura cárcel. Desde entonces, la sublevación de Aquitania cobró nuevas fuerzas y los medios de que disponía Carlos no bastaron a sofocarla. Entretanto, la continuación de la guerra civil abrió a los enemigos que estaban en acecho al rededor del reino sus comarcas fronterizas: los normandos saquearon las costas occidentales y los daneses asolaron las septentrionales. Ya en el año 845 avanzaron los primeros hasta París y entraron a saco en la indefensa ciudad; a pesar de que Carlos se apresuró a dirigirse hacia allí con un ejército, no pudo impedirles que se entregaran a grandes excesos y tuvo por fin que comprar su retirada con una cantidad considerable de oro. No causó, por lo tanto, sorpresa alguna ver que poco después (848) la rica ciudad de Burdeos sufriera igual suerte.

Este estado de agitación en el reino de Carlos el Calvo puso de nuevo en peligro, con sus ulteriores manifestaciones, la paz apenas restablecida entre los reales hermanos, pues Carlos al procurar con miserables condescendencias dominar a algunos de los enemigos que en sus territorios tenía, se hacía por lo mismo más odioso a los otros, con lo cual su reino iba perdiendo en respetabilidad y en cohesión. De aquí surgió la idea de que sería mejor deshacerse de semejante monarca y aceptar el vigoroso gobierno del respetado Luis de Baviera. Este pensamiento dominó principalmente en los antiguos territorios francos y a él se adhirieron todos los que querían evitar la desmembración del imperio, desmembración que, así como en los dominios de Lotario, procedía en los de Carlos de lo artificial de la cohesión, y era en estos consecuencia de la ineptitud demostrada por el rey frente a frente de la inquieta e indisciplinada nobleza. Carlos tuvo que reconocer al fin al joven Pepino como rey vasallo de Aquitania, de tal manera que solo las comarcas septentrionales del Poitou, Saintonge y Angoumois se encontraron bajo la inmediata soberanía del rey franco de Occidente. Mas desastrosamente terminó la tentativa que hizo Carlos para someter a su cetro al indómito Nominoi, duque de los sajones. Los adversarios del rey, así los del país como los del extranjero, sabían perfectamente que los tres reyes no vivían en muy buena armonía y que existían entre ellos disidencias políticas y personales que debían acabar por una lucha abierta y que podían favorecerles en extremo. La unidad ideal del imperio y la comunidad de gobierno que de ella se derivaba eran más bien fuente de graves odios que medio de conservar la armonía entre los reyes carolingios. Si pudo evitarse un conflicto entre Lotario y Carlos debióse esto a la mediación de Luis el Germánico, el cual, permaneciendo fiel al juramento de Estrasburgo, trabajaba celosamente por la conservación de la paz. Las frecuentes reuniones que celebraban los reyes francos y sus magnates, tales como las que tuvieron en Meerssen en 847 y 851, no conducían más que a renovar aparentemente las antiguas alianzas, pero en manera alguna podían poner un dique a la enemistad que iba en continuo aumento. Cuán poca cosa podía conseguirse con tales medios nos lo demuestra el hecho de que a la segunda dieta de Meerssen (851) y a las solemnes declaraciones contra los que se atrevieron a turbar la buena armonía que entre los monarcas reinaba, siguió inmediatamente una nueva guerra civil. El incremento que iba tomando la oposición aquitana hacia cada vez más

peligrosa la situación de Carlos, el cual, viéndose en grave aprieto, procuró buscar un apoyo en la alianza con el emperador Lotario. A su vez, los enemigos que en su propio reino tenía buscaron un poderoso aliado extranjero y lo encontraron en Luis el Germánico, que se veía aislado y amenazado por la alianza de sus dos hermanos. Los jefes de la oposición aquitana le ofrecieron la corona, y esta vez Luis no la rechazó, antes al contrario, envió a su segundo hijo Luis con un ejército al país, el cual se vio de nuevo asolado por la guerra civil. El joven Luis, sin embargo, se convenció muy pronto de las pocas esperanzas de éxito que ofrecía la empresa, y emprendió la retirada, mientras Carlos se entendía con los aquitanos y aseguraba al país mayor independencia para lo porvenir, poniendo a su frente como rey a su hijo Carlos.

Desde aquel incidente quedó, como era natural, quebrantada la buena inteligencia que entre los dos hijos menores de Ludovico Pio había existido durante quince años. Ambos creyeron poder prescindir de la alianza hasta entonces mantenida cuando desapareció de la escena el hombre contra el cual la habían formado en otro tiempo, y cuando el poder de que había dispuesto se fraccionó nuevamente, dejando, por lo mismo, de ser peligroso. En efecto, poco después del restablecimiento de la paz entre Luis el Germánico y Carlos el Calvo, falleció (29 de setiembre de 855) su hermano mayor Lotario en las soledades del convento de Prüm, a donde se había trasladado presintiendo la proximidad de su muerte. Moribundo ya, dividió su imperio de tal manera que dió la Italia a su primogénito Luis (a quien el papa Sergio había coronado (844) rey de Italia, y Leon IV (850), emperador romano); adjudicó a su segundo hijo, Lotario, la mitad septentrional del territorio que se extendía al Norte de los Alpes, con Aquisgran por capital; y concedió al menor, Carlos, la otra mitad, es decir, la cuenca del Ródano. Con esto comenzó en el reino central de los tres estados carolingios un período de desórdenes en constante aumento, durante el cual hizo rápidos progresos su completa ruina. Ninguno de los tres soberanos herederos de Lotario estaba a la altura de las circunstancias: sin ninguna de las notables cualidades que habían hecho grandes a sus antepasados, cada uno de ellos poseía una buena parte de las faltas que habían desnaturalizado los gobiernos de su abuelo y de su padre. Mientras el débil Carlos apenas podía defender su reino contra los ataques de la enfurecida nobleza del Sur de Francia y veía pasar sucesivamente los derechos y los bienes de la corona a manos de los grandes vasallos, el imperio, regido por Luis II, inepto para la guerra, perdía toda su importancia y se veía reemplazado en la dirección de las cuestiones políticas, y hasta en parte de las militares, de Italia, por el poderoso pontificado, cuyos esfuerzos alcanzaban completo éxito. También Lotario II, con su indigna conducta y con las largas discusiones matrimoniales que de ella se derivaron, dió ocasión al papado para conseguir un inaudito triunfo que robusteció y aumentó la autoridad de la Iglesia de una manera altamente peligrosa para el Estado. Desobedeciendo abiertamente los mandatos de la Iglesia, y en completa resistencia contra las repetidas conminaciones eclesiásticas, quiso Lotario II que su amada Waldrada ocupara el sitio que de derecho correspondía a su esposa legítima Teutberga y procuró conseguir que la Iglesia decretara el divorcio, presentando a Teutberga, favorecido en esto por el episcopado y mediante una larga serie de violencias y de infames falsedades, como culpable moralmente y queriendo, por la separación, arrebatarse los derechos adquiridos.

En tal estado de cosas, las comarcas occidentales del imperio consideraron envidiable la situación de los territorios reunidos bajo el cetro de Luis el Germánico, y creyeron en-

contrar en él al hombre que podía poner en orden los asuntos de Occidente. Habiéndose acordado en el congreso de Meerssen, en armonía con la idea de la continuación de la unidad del imperio, que los súbditos de un rey podían elevar a otro de los monarcas sus quejas contra las injusticias de que fueran víctimas, para conseguir por su mediación el desagravio, muchos magnates del reino de Carlos el Calvo se dirigieron a Luis el Germánico formulando la queja y súplica correspondientes. Luis, sin embargo, dió a este paso una significación muy distinta e indudablemente arbitraria, pues en vez de presentarse como mediador y pacificador, se presentó en el reino de su hermano en són de conquista, dirigiéndose desde Alsacia hacia el Sena, mientras Carlos estaba en lucha con los normandos. Carlos se apresuró a salir a su encuentro, y muy pronto se hallaron ambos hermanos frente a frente y dispuestos a luchar en Brienne, junto al Aube. Pero Carlos, en vez de arrostrar la suerte de las armas, recurrió temeroso a las negociaciones, para presenciar, mientras duraban, lo que en sus juveniles años había presenciado al lado de su padre en los campos de Colmar. Entretanto que los negociadores dejaban pasar días y días yendo de un lado a otro, la mayoría de los magnates franco-occidentales que se encontraban en el campamento de Carlos abandonó a su rey; de suerte que este, para poner a salvo su persona, tuvo que huir hacia Borgoña con los pocos servidores leales que le quedaban. Así, en noviembre del año 858, Luis el Germánico parecía ser el soberano del reino de Occidente; pues no solo la mayoría de los magnates solicitó su favor y le prestó el juramento de fidelidad debido al rey, sino que además Lotario II procuró hacer alianza con él. El clero se mostró, durante esta crisis, generalmente reservado. Los obispos de los territorios ocupados por Luis, dirigidos por el sabio y político Hincmaro de Reims, adoptaron una actitud neutral, pues si bien hicieron suyas las acusaciones dirigidas contra el gobierno de Carlos, no se consideraron completamente desligados de sus obligaciones para con él, sino que esperaron el curso ulterior de los sucesos para fijar resueltamente su línea de conducta. Este proceder, en parte prudente y en parte ambiguo, del episcopado hizo, al parecer, cierta impresión en el ánimo de la nobleza laica, tanto más cuanto que Luis ni tenía deseos ni estaba en condiciones de realizar las exageradas esperanzas que alentaban los que a él se habían pasado en punto a las recompensas que en privilegios y en bienes habían de serles concedidas. Muchos de ellos comprendieron muy pronto que bajo el reinado de Carlos hubieran podido atender a su provecho, en perjuicio de los bienes eclesiásticos, mucho mejor que bajo el gobierno de Luis, el cual amparaba al clero en sus derechos y posesiones. Por último, atizaban el fuego contra Luis los parientes de la emperatriz Judith, que habían heredado de esta el implacable odio contra el rey de Baviera. En suma, con rapidez extraordinaria verificóse un nuevo cambio en la situación de la nobleza franco-occidental, y en su consecuencia Carlos, a principios del año 859, se encontró de nuevo al frente de un ejército numeroso, con el cual se dirigió hacia Borgoña para reconquistar su reino. Luis, no pudiendo aceptar la batalla, emprendió una rápida retirada que se pareció mucho a una fuga. Carlos, como es de suponer, tuvo que comprar la amistad de los magnates franco-occidentales con nuevas recompensas, que se dieron en gran parte a costa de los bienes y rentas de iglesias y conventos. Pronto entablaron los dos hermanos negociaciones de paz que acabaron por un acuerdo firmado en la entrevista de Coblenza. Carlos prometió amnistiar a aquellos de sus vasallos que se habían pasado a Luis y les devolvió los bienes confiscados, reservándose, sin embargo, la decisión ulterior acerca de la devolución de los

beneficios perdidos. De todos modos, la paz fué bochornosa para la consideración y el honor de la monarquía, pues que los jefes de la nobleza laica se vieron formalmente estimulados a persistir en la desleal política de balancin de los últimos años.

La paz de Coblenza fué, pues, de corta duración. La situación ambigua en que se encontraba una gran parte de la nobleza laica, como vasalla de dos reyes, dió nuevo pretexto a luchas entre los monarcas y a contiendas intestinas en el seno de cada uno de los reinos. El relajamiento moral,



Retrato de Lotario I  
(escultura en relieve de su sepulcro).

las intrigas de toda clase y las pasiones sensuales contribuyeron a precipitar la ruina de la dinastía de los carolingios, cuando las fronteras del imperio se veían más amenazadas por los daneses, normandos y árabes. La culpable conducta que en su matrimonio observaba Lotario II, el cual, a pesar de sus promesas de enmienda, incurria siempre de nuevo en sus culpas, y arrastrado por su pasión hacia Waldrada se resistía tenazmente a llamar a su lado a la infeliz Teutberga, amenazaba atraer sobre la cabeza del rey una tempestad en la cual podía fácilmente perder corona e imperio. Ante esta posibilidad, Carlos el Calvo y Luis el Germánico se apresuraron a ponerse de acuerdo para atender juntos a sus intereses, pues con el proceder de Lotario II iba estrechamente unida la cuestión de la legitimidad del hijo que de Waldrada había tenido en el matrimonio rechazado por la Iglesia, y por tanto la cuestión de sucesión. Si no se declaraba la legitimidad, Lotario II se encontraba sin descendencia legítima; y en su

consecuencia la parte septentrional del imperio que en Verdun se había señalado á Lotario y que, semi-romana, semi-alemana, estaba enclavada entre los reinos de Luis y de Carlos, podía ser la víctima de sus dos vecinos, dadas la impotencia, el alejamiento y las ocupaciones del emperador Luis II. Por esto Carlos el Calvo y Luis el Germánico firmaron en Thousey, cerca de Toul, un nuevo tratado de amistad, en virtud del cual garantizaron recíprocamente á sus hijos la sucesión en el reino paterno y se comprometieron á procurar en comun una buena inteligencia con Lotario II. Este, impresionado por la amenaza cada vez mayor que para su reino constituían sus tíos, procuró á su manera hacer las paces con la Iglesia, cuya dirección, por suerte suya, había pasado de manos del severo é irreconciliable Nicolás I, á las del mas bondadoso Adriano II. Gracias á algunas concesiones, penitencias y correcciones mas aparentes que reales, consiguió Lotario del papa que no rechazara ya incondicionalmente el reconocimiento de la legitimidad del hijo de Waldrada y de su capacidad para suceder á su padre en el trono. Para tratar



Monedas de Lotario II.

Primera. Anverso; leyenda circular: HLOTHARIVS REX; en el centro hay una cruz con una bola en cada ángulo. Reverso; leyenda circular: VIRIDVNVN CIVIS; en el centro se ve una iglesia.—Segunda. Anverso; leyenda circular: LOTHARIVS RX; en el centro hay un lazo con cinco bolas. Reverso; leyenda circular: MATISENSIV; el centro lo ocupa una cruz y cuatro anillos.

La parte septentrional del central de los tres reinos carolingios se encontró, pues, sin soberano. Era indudable que no dejando Lotario II descendencia legítima, su sucesor mas inmediato era su hermano el emperador Luis II; ya en 863 habíanse repartido él y Lotario los territorios de su difunto hermano Carlos de Provenza, sin que tal reparto hubiera motivado protesta alguna de parte de sus tíos. Sin embargo, desde algunos años antes los intereses del emperador Luis habían tomado otro rumbo, habiendo dedicado todos sus esfuerzos á la conquista de la Baja Italia, en cuya empresa había conseguido tantos triunfos que esperaba poco á poco poder arrojar por completo á los árabes de aquellos territorios. A pesar de esto tuvo que detenerse delante de la plaza fuerte de Bari, la cual á pesar del ataque apoyado desde el mar por una escuadra griega, le opuso heroica resistencia; de manera que el emperador no podía levantar el sitio sin exponerse probablemente á perder todo cuanto hasta entonces había conquistado. En estas circunstancias Luis el Germánico y Carlos el Calvo se encontraron, en el Norte, en plena libertad para llevar á cabo la empresa de antemano proyectada respecto de la herencia de Lotario II. Pero ya en un principio amenazaba estallar entre ambos hermanos una lucha por el botín no conquistado todavía, pues Carlos, aprovechándose del estado en que se encontraba su hermano, quería quedarse con todo. En efecto, Luis el Germánico estaba entonces enfermo y sus tres hijos tenían que combatir incesantemente en las fronteras contra los eslavos. Carlos, aprovechando esta oportunidad y sin tener en consideración el convenio firmado anteriormente, penetró solo en los territorios de Lotario II, se apoderó de ellos sin encontrar resistencia alguna y fué coronado rey, á principios de setiembre, en Metz. Habiendo fallecido, poco tiempo antes, su esposa Irmenfrida, hija del conde Oton de Orleans y sobrina del poderoso é influyente

personalmente de este asunto y llegar directamente á una inteligencia con el papa, dirigióse Lotario II á Italia, donde tuvo el disgusto de que nuevamente se aplazara la decisión acerca de su mala conducta. Esta decisión debía adoptarse en un concilio general que se convocaría inmediatamente, y cuya sentencia, á pesar del partido que tenía Lotario entre el alto clero, ofrecía sus puntos de duda. El rey, despues de haber negado cínicamente por medio de solemne juramento que hubiese faltado á la sentencia eclesiástica que había reconocido á Teutberga como esposa legítima y prohibídole todo trato con Waldrada, desterrada por cortesana, fué admitido á la Sagrada Mesa por el papa, amante de la paz, quedando con ello incluido de nuevo en la comunión de la Iglesia. Poco tiempo despues, cuando había emprendido ya el viaje de regreso á su reino, falleció Lotario, de una corta enfermedad, en Piacenza (8 de agosto del año 869); y en esta rápida muerte del rey, que estaba en la flor de su vida, vieron los indignados contemporáneos el castigo de los escándalos que había dado y á los cuales había añadido últimamente el perjurio.

conde Adalardo, se casó con Richilda, hermana del conde Boso, hombre muy poderoso en los territorios nuevamente conquistados, con el objeto de robustecer su situación por medio de influyentes alianzas de familia. Creyéndose con esto omnipotente, no hizo caso alguno de las exhortaciones del papa, el cual salió á la defensa de los derechos del emperador Luis II, que sostenía una gloriosa lucha contra los infieles; pero poco tiempo le fué dado conservar lo que había conquistado, pues apenas restablecido de su enfermedad Luis el Germánico, le exigió que, conforme á lo que se había convenido, le entregara la mitad del reino de su sobrino. Carlos se atrevió tanto menos á negarse á ello, cuanto que entonces precisamente habían regresado triunfantes de la guerra contra los eslavos los hijos de Luis, por lo cual temió que sobre él cayera todo el poder de su hermano. Además, en los territorios nuevamente conquistados contaba con muchos enemigos: de los partidarios del difunto Lotario II, algunos habían huido al lado de Luis el Germánico y otros únicamente esperaban una ocasión propicia para sublevarse. Por esto cedió Carlos, manifestando en la primavera de 870 que se encontraba dispuesto á llevar á cabo la división antes proyectada. Por el momento, no hubo acuerdo respecto de los detalles, quedando sin resultado la conferencia que en Attigny celebraron los plenipotenciarios de una y otra parte. La entrevista personal que habían convenido en celebrar los dos hermanos tuvo que aplazarse á consecuencia del hecho inesperado de que Luis, por el camino, tuvo una caída que le causó daño de consideración y le obligó á guardar cama durante mucho tiempo. Al fin pudo celebrarse la conferencia en el mes de agosto del año 870 en Meerssen cerca de Maestricht, en una lengua de tierra que avanzaba sobre el Mosa. Conforme á lo convenido, los dos soberanos se presentaron allí con muy poco acompañamiento, formado de algunos

obispos y consejeros íntimos, y escoltado cada uno por treinta vasallos.

El tratado convenido en Meerssen, casi en el mismo día en que veintisiete años antes se había firmado el de Verdun, amplió la división por este pactada del imperio carolingio en grupos nacionales, sin que los interesados tuvieran intención ni siquiera conciencia de ello. El reparto no se hizo con toda equidad, pues al procederse al trazado definitivo de las fronteras, Carlos tuvo que ceder á las exigencias de su hermano mayor, mas poderoso que él. En el acta del tratado (1), Carlos hizo constar que si había cedido á su hermano el condado de Metz con algunos conventos vecinos, hasta entonces por él ocupados, lo había hecho únicamente porque sin esta concesión hubiera sido imposible firmar la paz. En ella consignó también la reserva de que aprovecharía la primera ocasión favorable que se le presentase para recuperar lo que entonces se le arrebató. De manera que el tratado de Meerssen, ya desde su origen, hubo de ser considerado como provisional, como un medio para vencer las dificultades del momento, que de otra manera no podían ser resueltas; ninguna de las dos partes contratantes quiso ligarse para siempre y á todo evento. El reparto de Meerssen destruyó el trazado de los límites diocesanos eclesiásticos, únicos que hasta entonces habían permanecido invariables, hecho muy significativo que demuestra la inseguridad en que las interminables luchas de los últimos años con sus continuos cambios de posesión habían dejado las relaciones políticas y el deslinde de fronteras territoriales. Luis el Germánico recibió el territorio de los arzobispos de Colonia y Tréveris y el de los obispos de Utrecht, Estrasburgo y Basilea, y además todos los territorios laicos comprendidos en ellos y entre ellos. Carlos obtuvo los arzobispos de Besançon, Lyon y Vienne, y los obispos de Lutich, Toul, Verdun, Cambrai, Viviers y Uzes. El reparto de monasterios se hizo de una manera análoga, procediéndose, por último, á la división de condados. En todo vemos á Luis llevando ventaja sobre su hermano: de los 76 conventos mencionados en el tratado, correspondieron 33 á Carlos y 43 á Luis, y de los 65 condados, de los cuales cuatro, en virtud del nuevo trazado de fronteras, fueron divididos en dos cada uno, obtuvo Luis 31 y Carlos 30. Así como para el reparto de Meerssen no encontramos fundamento alguno jurídico, tampoco vemos en las distintas cláusulas en él contenidas ningún principio fijo, ningún punto de vista elevado, pues cada uno de los hermanos no procuró sino añadir á sus posesiones la mayor cantidad que pudo de comarcas fronterizas; y como se hizo presa en las fronteras, es decir, en territorios afines, el convenio de Meerssen no fué mas que la ampliación y consecuente ejecución del tratado de Verdun. Por artificial, por arbitraria que pudiera parecer, bajo el punto de vista político, la línea fronteriza, lo cierto es que coincidió con la división nacional mas profundamente marcada en el transcurso del tiempo y con las fronteras que de ella se derivaban y que separaban los territorios de idioma alemán de los de idioma romano; pues el aumento que tuvo el reino de Luis comprendía únicamente territorios que hablaban el alemán, á saber: la Frisia entre la desembocadura del Mosa y el Weser, los antiguos países francos de ambas orillas del bajo Rhin, entre Sajonia y el Mosa, cuya corriente formaba casi en toda su extensión la frontera de ambos reinos, y la Alsacia. De los territorios de Luis, únicamente en el alto Mosela y en la Borgoña se hablaba el romano. En cambio, este idioma dominaba en los territorios asignados á Carlos el Calvo, á excepcion de un distrito de

la orilla izquierda del Mosa, cuya población era alemana. Estas comarcas fueron precisamente las que no vieron con gusto una división no basada en el derecho, que separaba arbitrariamente cosas unidas por la naturaleza. En ellas se siguieron haciendo esfuerzos por anular el reparto y restablecer la unión con las comarcas centrales, esfuerzos que fueron coronados por el éxito mas inesperado, gracias al aspecto favorable con que se presentaron los sucesos. En efecto, á los pocos años quedaba de hecho anulada para aquellos territorios la división de Meerssen.



Retrato de Lotario II sentado en su trono (escultura del sepulcro de este rey).

El reparto hecho en Meerssen se encontró desde un principio con una decidida resistencia de parte de la Iglesia y del pontificado. Es indudable que con el reparto de los territorios de Lotario y de sus arzobispos, obispos y conventos, los dos ambiciosos carolingios obtuvieron un rico botín á costa de la Iglesia, además de atentar de un modo arbitrario y ofensivo á la posesión y organización eclesiásticas. A la diócesis de Colonia, que en su mayor parte había correspondido á Luis, le faltaba la provincia de Lutich que pertenecía á Carlos; de la de Besançon, asignada á este, se había segregado Basilea para unirla al reino oriental; la provincia de Tréveris quedaba dividida en dos, correspondiendo la metrópoli con la diócesis de Metz á Luis, y al reino occidental las de Toul y Verdun. Igual suerte cupo al arzobispado de Vienne, que pertenecía al reino de Carlos, mientras que todos los obispos sufragáneos quedaban sometidos al

(1) *Mon. Germ. hist. Leg.*, I, pág. 516.